

Me siento como si fuera el alma gemela de Samuel en nuestra Primera Lectura de hoy, y a menudo pienso en Andrés en la Lectura del Evangelio. Quizás no nos acordemos del apóstol Andrés, porque tan poco se dijo acerca de él en la Biblia, pero ciertamente nos acordamos de su hermano Pedro, el más grande de los apóstoles. Fue Andrés, como oímos, que trajo a su hermano a Jesús. Las experiencias que hemos oído en la Escritura de hoy me hacen mirar a mi propia vida, y espero que algo de mi experiencia pueda ayudarlos a llegar a una relación nueva y más íntima con nuestro Señor Jesús y una apertura a su llamado a ustedes.

Como muchos de ustedes saben, yo no fui criado en la religión Católica. Me crié en rural Mississippi, en la tierra cual fue poblada por mis tátara-tatarabuelos en mil ochocientos cuarenta, cuando tenían sesenta años y su hijo, mi tátara abuelo, tenía treinta años. Mis bisabuelos fueron unos de los fundadores de la iglesia Bautista en que crecí. Las únicas iglesias en la área eran las iglesias protestantes, y la mayoría de mi familia no iba a la iglesia. Nadie en esa área era católico; de hecho, cuando me fui de la casa para ir a la universidad cuando tenía diez y ocho años, solamente había conocido a una católica.

Desde mi adolescencia y quizás antes, estaba convencido de que Dios me estaba llamando a hacer algo. No tenía idea de qué. La declaración en la Primera Lectura, «Aún no conocía Samuel al Señor, pues la palabra del Señor no le había sido revelada,» tiene un significado personal para mí. Por supuesto, no conocía al Señor como he llegado a conocerlo, pero como el joven Samuel, escuché al Señor llamándome. No lo escuché llamándome en voz alta, como Samuel, pero aún así, lo escuché y no tuve duda de que era el Señor el que me estaba llamando.

Nunca se me ocurrió que el Señor me llamaría para algo de importancia, porque siempre recordaba las palabras de mi abuelo. Yo solía seguir a mi abuelo mientras él araba el terreno, caminando detrás de él como él caminaba detrás de la mula, que jalaba el arado de mano. Puedo recordar a mi abuelo diciéndome: «Hijo, no sé de ningún McCully quien ha hecho algo grande o maravilloso, pero siempre hemos sido gente común y buena; nosotros pagamos nuestras deudas».

Al igual que Samuel, respondiendo en la oscuridad al Señor que casi no conocía, yo también dije: «Habla, Señor; tu siervo te escucha». Yo prestaba atención y prestaba atención, pero no escuché una respuesta. Todavía sabía que el Señor continuaba llamándome. Terminé mis estudios de escuela secundaria y comencé la universidad. Resé y esperé. Todavía, no escuché una respuesta hasta una noche cuando estaba arrodillado al lado de mi cama en el dormitorio. Ya que yo trabajaba para pagar mis estudios, me acostaba tarde. Si me acostaba para rezar, me dormía, así que me arrodillaba en el piso al lado de la cama para rezar. Aún así, a veces me despertaba en el piso porque me había caído dormido.

Una noche escuché a Dios decir: «¿John, no puedes ver que todo lo que has escuchado y has aprendido por experiencia te dice que yo quiero que seas un maestro?» Y fue como si mi vida entera pasara por en frente de mis ojos. Desde ese momento he sabido que Dios me llamaba para ser un maestro. Así, cuando me gradué de la universidad, comencé mis planes para continuar mis estudios para ser un maestro. También debo decirles que mi esposa Ruth y yo nos casamos el día que nos graduamos de la universidad y que el padre de ella era un reverendo Bautista, pero eso es otra historia. Ruth y yo continuamos estudiando incluso mientras nuestros niños nacieron. Llegué a Iowa para dar clases, en el Departamento de Inglés en Iowa State, con mi doctorado en estudios medievales. Mis estudios me habían enseñado mucho sobre la doctrina Católica y la historia de la Iglesia, la cual, claro, es la historia de la Iglesia Católica. Por muchos años, de algún modo, me sentí contento, pero todavía escuchaba al Señor llamándome. Siempre Ruth y yo éramos miembros activos de una iglesia Bautista, pero yo les enseñaba a nuestros hijos lo que yo había aprendido en mi educación profesional. Ahora cuando lo pienso, no me debería haber sorprendido cuando nuestros hijos empezaron a decirnos que lo que Ruth y yo les enseñábamos, no era lo que les estaban enseñado en la iglesia Bautista.

Mientras continuaba escuchando, me di cuenta de que el Señor me hablaba por medio de mis hijos. Como el Señor usó a Andrés para llamar a su hermano, Simón Pedro, así el Señor usó a nuestros hijos para llamarnos entrar en la religión Católica. Eso también

Homilía del 14 y 15 de enero de 2012

es otra historia. Pero no un tiempo largo después de que nos hicimos Católicos, recuerdo decir: «Ha sido un largo viaje, pero finalmente he encontrado a mi casa». Todavía el Señor continuó llamándome. Y otra vez contesté lo mismo que había dicho años atrás, «Habla, Señor; tu siervo te escucha». Esta vez me estaba llamando para ser diácono Católico.

¿Por qué les cuento esta historia hoy? Porque si Dios puede llamar a un chico Bautista de rural Mississippi a ser un diácono Católico, ¿quién sabe para lo que pueda estar llamándoles a ustedes? Escuchen y esperen para que él pueda decirles lo que les quiere a ustedes hacer. Algunas veces—como conmigo—el Señor tiene que decirnos poco a poco lo que quiere. ¿Quién sabe? Quizás sean como Andrés quien trajo a su hermano Pedro a Jesús. Y el hermano de Andrés, Pedro, fue el primer Papa. Y les pido en el nombre de la Santa Trinidad y en el nombre de nuestra Santa Madre, escuchen. Esperen, y cuando oigan la llamada del Señor, contéstenle como lo hizo Samuel: «Habla, Señor; tu siervo te escucha».